

*Nuevas geografías del narcotráfico. La novela gallega sobre el tráfico de drogas*

Felipe Oliver

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

---

ABSTRACT

---

The drug trafficking fiction is expanding throughout a new geography. The almost recent appearance of Galician novels about cocaine trafficking in Northern Spain and the connections between the local capos with Colombian and Mexican cartels enriches the field of study of the so-called “narco-literature”. The aim of this work is first to question the social, political, and economic problems that favored drug trafficking in Galicia, through the analysis of a collective memory. Moreover, this work proposes the somatization of the body as a possible point of contact between Galician fictions and their Colombian and Mexican counterparts.

**Keywords:** Narco-literature, Galician literature, Manuel Rivas, José Manuel Del Río, Galicia.

La literatura sobre el narcotráfico comienza a ampliar su discurso a partir de una nueva geografía. La aparición más o menos reciente de un conjunto de ficciones gallegas sobre el tráfico de cocaína en el Norte de España y las conexiones entre los capos locales con los cárteles colombianos y mexicanos amplían considerablemente el campo de estudio de la así llamada narcoliteratura. En un primer momento, este trabajo cuestiona desde la memoria colectiva las problemáticas específicas de Galicia que favorecieron la irrupción y consolidación del narcotráfico. En un segundo orden de ideas, el texto propone en la somatización del cuerpo un posible punto de contacto entre las ficciones gallegas y sus pares colombianas y mexicanas.

**Palabras clave:** Narcoliteratura, literatura gallega, Manuel Rivas, José Manuel Del Río, Galicia.

---

Para nadie es un secreto la abrumadora presencia del narcotráfico en obras literarias colombianas y mexicanas. De hecho, categorías como narcoliteratura, novela del narcotráfico, sicaresca antioqueña, novela del sicario y otros tantos términos no siempre afortunados han marcado la discusión crítica en torno a dichas ficciones. Pero lejos de discutir términos y conceptos, en esta ocasión me interesa ampliar el universo de la literatura sobre el narcotráfico desde una nueva geografía. La presencia más o menos novedosa de un conjunto de ficciones gallegas sobre el narcotráfico en el norte de España amplía de manera considerable el objeto de estudio. En efecto, existe ya un corpus no abundante pero sí considerable de novelas y trabajos periodísticos sobre el tráfico de cocaína en Galicia y las conexiones entre los grupos criminales del norte de la península ibérica con los cárteles colombianos y mexicanos. Me refiero a títulos como *Narcos* (2001) de Carlos Raigosa, *Todo es silencio* (2010) y *Vivir sin permiso y otras historias del Oeste* (2018) de Manuel Rivas, *Denso recendo a salgado* (2013) de Manuel Portas, *Todo Ok* (2012) de Diego Ameixeiras, *La Marea Roja* (2018) de José Manuel del Río y *Operación Bucéfalo* (2018) de Juan Cal en lo que a ficción se refiere, y *La conexión gallega, del tabaco a la cocaína* (1991), de Perfecto Conde, *La operación nécora* (1997) de Felipe Suárez, el polémico *Fariña* (2015) de Nacho Carretero y *Narco Gallegos, tras los pasos de Sito Miñanco* (2018) de Víctor Méndez Sanguos en el campo del ensayo y el periodismo. En un primer momento, este trabajo identifica la memoria como el eje central para cuestionar y representar el fenómeno del narcotráfico en Galicia. Las problemáticas locales y específicas que posibilitaron la emergencia del narcotráfico en el norte de la Península Ibérica son examinadas desde un ejercicio ambivalente de la memoria colectiva que oscila arbitrariamente de la justificación a la culpa. En efecto, el rezago económico de la región y la indiferencia del Estado prestan a la comunidad la excusa para legitimar la emergencia del contrabando como un paliativo económico; como contraparte, la proliferación de adictos entre la juventud gallega y la amenaza creciente de la violencia generan una genuina preocupación y remordimiento. Este vaivén de sentimientos encontrados son los que pone en escena la literatura a través de la memoria colectiva. En un segundo orden de ideas, el artículo propone la somatización del cuerpo como un sugestivo vaso comunicante entre las ficciones gallegas y las así llamadas narconovelas mexicanas y colombianas.

Acaso lo primero que llama la atención al abordar las narrativas del narcotráfico gallego es la obsesión de los novelistas por la memoria. Pienso, por ejemplo, en la excelente novela de José Manuel del Río, *La marea roja* protagonizada por Dani Gasolina, un piloto de planeadoras del clan hegemónico del narcotráfico en Galicia; dicho personaje posee una rarísima condición conocida como hipertimesia que consiste en la sorprendente capacidad para

recordar hasta el más mínimo y trivial detalle, todos los acontecimientos vividos durante el transcurso de la biografía. Si acaso vale el símil, Dani Gasolina cuenta con las mismas habilidades que el célebre personaje borgiano Funes el memorioso. En el extremo opuesto, en *Vivir sin permiso* Manuel Rivas pone en escena a Nemo Bandeira, un antiguo padrino del narco gallego con Alzheimer; mientras su memoria se pierde de manera progresiva e irremediable, Bandeira enfrenta la embestida de una nueva generación de narcotraficantes cuyas conexiones con los brutales cárteles mexicanos amenazan con reconfigurar todo el narcotráfico en la península. De un lado de la balanza tenemos entonces el recuerdo persistente, el exceso de una memoria incapaz de olvidar; del otro el fenómeno exactamente contrario, el recuerdo que se obstina en perderse, la incapacidad para recordar. Ambos fenómenos, sin embargo, forman parte de una misma operación, de un mismo proceso de construcción social de la memoria. Ahondemos en esta dirección.

En un ensayo titulado *Las sombras del mañana, la dimensión subjetiva de la política* (2002), Norbert Lechner analiza los vínculos entre la política y la construcción social de la memoria. De acuerdo con Lechner, la memoria no es algo dado de una vez y para siempre, sino un proceso a través del cual una comunidad determinada organiza sus recuerdos para erigir un relato particular. En palabras del alemán:

La memoria es una forma de distinguir y vincular el pasado en relación al presente y al futuro. No se refiere tanto a la cronología de hechos que han quedado fijos en el pasado como a su significación para el presente. La memoria es un acto del presente, pues el pasado no es algo dado de una vez y para siempre [...] Por eso la verdad de la memoria no radica tanto en la exactitud de los hechos como en el relato y la interpretación de ellos. La memoria es una relación intersubjetiva, elaborada en comunicación con otros y en determinado entorno social. En consecuencia, solo existe en plural. La pluralidad de memorias conforma un campo de batalla en que se lucha por el sentido del presente en orden a delimitar los materiales con los cuales construir el futuro. A la luz del presente las memorias seleccionan e interpretan al pasado. Algunas cosas son valoradas, otras rechazada (Lechner, 2002, p. 62).

Las palabras son pertinentes en varios sentidos. Acaso el primero y más evidente, la localización de la memoria en un determinado entorno social. En efecto, detrás de la obsesión entre los novelistas gallegos por las disputas de la memoria subyace una implícita necesidad de justificación colectiva por la expansión del narcotráfico en el norte de la Península Ibérica. Me refiero a la insistencia por recrear las condiciones de marginación y abandono en la que vivían los gallegos, siempre dependientes de la pesca como la única actividad económica posible, y

el negocio del contrabando de cigarrillos como un paliativo muy deseable en lo económico e inofensivo en lo social. Para nadie es un secreto que el tráfico de cocaína en Galicia fue precedido por el contrabando de cigarrillos<sup>1</sup>. En palabras de Felipe Suárez,

El *winston* de batea ha traído a Galicia miseria, pobreza y la ruina, además favoreció el tráfico de drogas, aunque no ha sido la única causa. El furtivismo marisquero, la apatía gubernamental, la corrupción administrativa, las escasas oportunidades laborales y el enriquecimiento rápido, han incidido (Suárez, 2017, p. 456).

Así, la construcción de un relato sobre la pobreza y el abandono por parte del Estado coadyuva a la formulación de una interpretación hasta cierto punto exculpatoria del presente. En *La marea roja*, José Manuel del Río traza una genealogía del contrabando como el principal motor económico de la región: del wolframio extraído ilegalmente en las minas de Ourense y utilizado por los alemanes para blindar vehículos militares, al tabaco rubio de batea, y de éste a la cocaína. Todo ello en el marco de lo que el autor define con ironía como el “cliché gallego sobre cómo introducir algo codiciado por el resto de Europa desde un cacho de tierra subdesarrollado” (Del Río, 2018, p. 100). Los miles de kilómetros de costa que posee Galicia y las condiciones generalizadas de atrasado económico normalizan la existencia del contrabando, como si la naturaleza dispusiese de todas las condiciones geográficas idóneas para la realización de la actividad<sup>2</sup>, mientras el Estado con su indiferencia hacia la región prestaste las justificaciones morales necesarias. “Un buen legado para una Galicia pobre, demográficamente inversa, a hora cambiada, de eterna lluvia y con unos veranos idénticos a los de Dinamarca. Tan diferente del resto de la península y tan fútil en su esquina” (*ivi*, p. 100), ironiza José Manuel del Río.

Por otra parte, insistir una y otra vez en la pobreza del entorno, la falta de oportunidades y la ausencia del Estado en la región, posibilita la emergencia del capo como el héroe generoso y anónimo que ayuda a la comunidad al ofrecer los

---

<sup>1</sup> El fenómeno ha sido ampliamente documentado por los periodistas Perfecto Conde en *La conexión gallega, del tabaco a la cocaína* (2018), Felipe Suárez en *La operación Nécora, Colombia-Sicilia-Galicia, triángulo mortal* (2017) y *Fariña* (2015) de Nacho Carretero. En el caso de la ficción, véase *Narcos* de Carlos Reigosa (2001).

<sup>2</sup> En la novela *Todo es silencio* de Manuel Rivas (2015) un narcotraficante de nombre Mariscal defiende la posición estratégica de Galicia como idónea para el contrabando de cocaína en los siguientes términos: “tenemos los mejores argumentos para este negocio. una costa formidable, llena escondrijos. Un mar secreto, que nos protege. Y estamos cerca de los puertos madre. Del suministro. Así que lo tenemos todo. tenemos costa, tenemos depósitos, tenemos barcos, tenemos hombres. Y lo más importante todavía. ¡Tenemos huevos!” (*ivi*, p. 106).

empleos que las instancias oficiales no han sabido crear. En la novela *Todo es silencio* de Manuel Rivas (2010), un poderoso narcotraficante de la ficticia región de Noitía al ser cuestionado por la prensa pronuncia las siguientes palabras:

Y en el supuesto, ¡en la hipótesis!, de que hubiese contrabandistas, los contrabandistas serían gente honrada. Por lo menos los de Noitía. ¿A quién perjudican? ¿A Hacienda? [...] Se habla mucho del crimen organizado. Crimen organizado por aquí, crimen organizado por allá. También en su periódico se habla en los últimos tiempos de presencia del “crimen organizado” en Noitía. Y o que digo es que en todas partes hay perros descalzos. Si el crimen está organizado, ¿por qué el Estado no se organiza mejor? (Rivas, 2015, p. 185).

Destaca, en primer término, la construcción del narcotraficante como una figura honrada que no perjudica a la comunidad. En segundo lugar, el sofisma bajo el cual se pretende desenmascarar la hipocresía del Estado al demonizar al contrabandista sólo por afectar los intereses de Hacienda. Y, por último, la transferencia de la responsabilidad al Estado, pues si éste se organizase el crimen no emergería como un sustituto para suplir las necesidades insatisfechas por las instancias oficiales. Se trata de un admirable ejercicio de retórica a partir del cual el contrabando limpia su imagen y justifica su existencia.

Pero acaso el mejor ejemplo del fenómeno corresponde a la novela *Operación Bucéfalo* (2018) de Juan Cal. En esta obra un periodista sostiene una serie de entrevistas en la cárcel con Tucho Currás, un exitoso capo del pasado que en más de un sentido recuerda al personaje real de Sito Miñanco. Ahora, al recordar su propia infancia en Galicia, el periodista recuerda a Tucho Currás y sus pares contrabandistas como “unos héroes que se enfrentaban con el mal, encarnado por una administración lejana y desalmada” (Cal, 2018, p. 10). Por su parte, el propio Currás afirma:

Para que lo sepas, en Cambados yo era Dios, la gente me quería; cuando tripulantes se quedaban sin trabajo [...] yo me encargaba de que no les faltara trabajo, ni medios de subsistencia, ni una cantidad que les llegaba a casa para que pudieran salir adelante. El dinero que ganaba lo repartía entre los pobres, entre los más necesitados; lo usaba para montar más bateas, para comprar más barcos y emplear más gente en el negocio del mejillón (*ivi*, p. 59).

El mito del narco bueno y generoso que tanto se ha expandido en Colombia y en México, se abre paso también en Galicia a través de un conjunto de contrabandistas de cocaína que supieron granjearse del apoyo y la simpatía popular. Sin embargo, el narcotráfico nunca es tan simple ni puede además formularse en términos maniqueos. El propio Currás admite con pesar su obvia

responsabilidad en la proliferación de la farmacodependencia entre miles de jóvenes gallegos. Aunque Currás busca atenuar la culpa bajo el argumento de que la heroína que él y los suyos no comercializaban fue la droga que a la postre se cobró tantas vidas jóvenes, pronto debe admitir que

por donde entra una cosa, entra otra y ahí llegó la heroína, que no venía de Colombia, sino de Turquía y que no llegaba a Europa por las rías sino por Sicilia y Nápoles. La mierda llegaba tan cortada que algunas muertes ni siquiera eran por sobredosis, sino por el veneno que contenía" (*ivi*, p. 40).

Las entrevistas entre el joven periodista y Tucho Currás adquieren un carácter confesional. Más que un recuento pormenorizado sobre los orígenes del narcotráfico en Galicia, las complicidades entre las autoridades locales y los contrabandistas, y la participación de los traficantes en el asesinato del fiscal antidroga de la Audiencia Nacional, el diálogo entre entrevistado y entrevistador avanza entre contradicciones y recuerdos que han sido cuidadosamente seleccionados y manipulados para construir una especie de exoneración individual y colectiva. El propio periodista reconoce con pesar haber admirado en su momento a los contrabandistas como los protagonistas de "duelo de titanes entre un Estado que siempre se había mantenido lejos de Galicia y unas familias de contrabandistas que lo habían aprovechado para erigir imperios alrededor del tabaco rubio de batea" (*ivi*, p. 10). Si más adelante cambiaron el tabaco por cocaína e inundaron las rías con la droga que destruyó miles de hogares, la culpa es de todos por haber tolerado e incluso aprovechado la bonanza del contrabando glorificando en el proceso a los contrabandistas. Así, más que la absolución personal el testimonio de Currás adquiere un tinte colectivo que representa a sus pares contrabandistas y a la comunidad que los dejó crecer, al tiempo que adjudica al Estado parte de la responsabilidad por la proliferación del narcotráfico. Hablamos entonces de un relato confesional por distintos motivos: el primero y más obvio remite a la naturaleza misma del sacramento como un ejercicio retrospectivo en el que el sujeto interroga el pasado en busca de las causas primeras que lo empujaron a obrar de tal o cual manera. Al igual que la memoria, la confesión es un relato que se construye en pasado para tratar de explicar y justificar el presente. En segundo término, la confesión conlleva, así sea de manera implícita, una necesidad de indulto que permita al (los) pecador(es) mitigar el peso de la culpa.

Si la memoria se ocupa menos de la exactitud de los hechos que de la interpretación de ellos, al narrar los orígenes del narcotráfico en Galicia los novelistas parecieran jugar deliberadamente con aquello que eligen recordar y aquello que preferirían olvidar. Operaciones que han sido llevadas al límite con

Dani Gasolina y Nemo Bandeira, situados en el los límites opuestos de la memoria. Entre ambos extremos, el joven periodista y un envejecido Tucho Currás confrontan sus recuerdos para tratar de construir ese gran relato colectivo que supone la memoria social. Un relato que selecciona arbitrariamente sus materiales poniendo en primer plano algunos elementos exculpatorios como el abandono del Estado en la comunidad, al mismo tiempo que busca soslayar aquello que incomoda o lastima, como las jóvenes vidas perdidas por la droga y la subsecuente desintegración del tejido social.

En el caso del narco gallego el juego de simulaciones y manipulaciones que de algún modo esconde la memoria al seleccionar lo que se olvida y lo que se recuerda, esconde también una justificación y una amenaza. La justificación acaso puede formularse en los siguientes términos: los contrabandistas evitaron siempre la violencia. A diferencia de sus socios colombianos y más adelante mexicanos, en Galicia los grandes capos jamás recurrieron a la violencia espectacular como herramienta de empoderamiento. Las grandes masacres en Colombia y México que asociamos al narcotráfico constituyen una realidad muy distinta y lejana a la de Galicia. Al respecto, en *La marea roja* un narcotraficante colombiano responsable de las redes de distribución entre Sudamérica y la Península Ibérica pronuncia palabras reveladoras:

Cada país es conocido por su producto. España tiene la paella; Italia la pizza; Alemania el bratwurst [...]. De joven para mí Colombia era igual a cocaína. Y ahora lo es México sin tener una sola plantación allí, en una tierra en la que apenas crecía la habichuela y la adormidera. Los chaparros adivinaron que siempre gana la mano el distribuidor. Vienen a mi casa con sus ridículos bigotes, sus videos de motosierras arrancando cabezas y su leyenda de aquella reunión en Acapulco donde se repartieron los cárteles [...]. Los hijos de la gran chingada rellenaron el estómago de burros, construyeron túneles, despegaron avionetas y sumergieron submarinos para cruzar la frontera que los cose a los yanquis. Ya tienen un ejército a cada lado. Hasta lo tienen en Colombia [...]. Al menos no tienen un ejército en Galicia. ¿Algún día dirán que Galicia es igual a cocaína? No lo sé, no crearon una mafia para llamar la atención con cadáveres colgando de los puentes. Navegan muy rápido y de noche. Desde hace años casi ni se les ve (Del Río, 2018, p. 158).

La última oración absuelve a Galicia de la cara más violenta y visible del narcotráfico en el Continente Americano. En Galicia, la mafia navega rápido y de noche y casi ni se les ve. Los capos no exhiben su poder a través de una horda de sicarios dispuestos a cometer los más aberrantes y aparatosos crímenes. En Galicia la muerte no se ha convertido en espectáculo y la simple posibilidad de recurrir al desmembramiento masivo de cuerpos o a las ejecuciones en espacios

públicos es tan remota que raya en lo inverosímil. “El mercado en Europa no puede funcionar a decapitaciones” (*ivi*, p. 100), señala José Manuel del Río. De hecho, a raíz de la famosa Operación Nécora en 1990 los capos dejaron de ostentar su riqueza y “el dinero ya es una cuestión de lúdico sufrimiento” (*ibidem*) antes que una exhibición descarada de impunidad. Esta “pasividad” y discrecionalidad de la mafia gallega, aunado al abandono por parte del Estado y al mito del narco bueno y generoso sobre los que ya hablamos, constituye un paliativo en contra del contrabando. Es la justificación a la que siempre podrán recurrir los capos en busca de exculpación. Sin embargo, las palabras del ficticio capo colombiano esconden también una amenaza: la posibilidad de que los mexicanos, quienes han desplazado ya a los colombianos como los principales traficantes de cocaína, impongan su violencia en todos los puntos de la estructura criminal.

Esta preocupación ha sido planteada por Manuel Rivas en su noveleta *Vivir sin permiso* (2018) al ficcionalizar una red criminal internacional lista para tomar posesión total del imperio comercial de Nemo Bandeira. Una red que el propio texto define como

Una maquinaria cruel, sin escrúpulos, globalizada [...] grandes entidades financieras en el blanqueo de dinero procedente de la economía delictiva y el narcotráfico. Con una atención especial a los movimientos derivados de la conexión entre las redes internacionales colombianas y mexicanas que operan en España y Europa (Rivas, 2018, p. 71).

El drama de Bandería consiste menos en la pérdida de la memoria producto del Alzheimer que en la impotencia ante el avance de un nuevo tipo de mafia, a la que los antiguos capos no podrán desafiar ni mucho menos controlar. Una mafia depredadora que lejos de rehuir a la violencia la emplea como estrategia de empoderamiento. No en vano Sayak Valencia (2016) emplea el término “capitalismo gore” para describir dichas prácticas en franca alusión a un género cinematográfico que emplea la violencia aparatosa como amputaciones y ejecuciones como sello distintivo. En palabras de Valencia, el “capitalismo gore” designa

al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el Tercer Mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes), al altísimo porcentaje de vísceras y desmembramientos, frecuentemente mezclados con el crimen organizado, el género y los usos predatorios de los cuerpos, todo esto por medio de la violencia más explícita como herramientas de necroempoderamiento (*ivi*, p. 15).

La pérdida de la memoria de Nemo Bandería es también la pérdida de un modelo de negocios basado en la discrecionalidad de los antiguos capos al amparo de los poderes locales por la aparatosidad de nuevos grupos criminales con estructuras globales e intereses y capitales internacionales. Si acaso el pronóstico más fatalista se cumple y Europa en general y Galicia en particular terminan por convertirse en un matadero, la culpa será de los antiguos capos como Currás y Bandería, por haber abierto la caja de Pandora. La transición del tabaco rubio de batea a la cocaína trajo riquezas insospechadas a la región, pero también miles de hogares destruidos por las drogas; quizá más adelante traiga también el espectáculo de los descuartizados y los cuerpos colgando de los puentes que se han vuelto ya habituales en México. Los gallegos le abrieron paso a los colombianos y éstos a su vez a los mexicanos. ¿Podrá Galicia mantener su negocio libre de decapitaciones, o el mercado europeo sucumbirá al capitalismo gore?

Además de la obvia reflexión en torno a la memoria a la que inevitablemente invita el personaje de Nemo Bandeira gracias al Alzheimer, su enfermedad es significativa por otros motivos. Bandeira está enfermo y la enfermedad es un motivo recurrente en la tradición literaria (si es que podemos hablar de tradición) de la así llamada narcoliteratura. En efecto, en las narraciones colombianas y mexicanas abundan los cuerpos enfermos, deformes, destruidos o simplemente marcados por las señales de la violencia. Por dar algunos ejemplos, ya analizados por la crítica literaria, en la famosa novela colombiana *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco la heroína sube drásticamente de peso cada vez que comete un asesinato; la culpa y la expiación tienen un impacto directo en el cuerpo, es posible “leer” los crímenes de Rosario (crímenes del Cártel de Medellín) en sus caderas y pechos; pienso también en la novela *Sin tetas no hay paraíso* (2005) de Gustavo Bolívar Moreno, en donde una jovencita modifica su busto con prótesis de silicona cada vez más grandes hasta que su pecho estalla, literalmente, y pierde la posibilidad de seguir usando su cuerpo para prostituirse entre los narcotraficantes; pienso por último en *El ruido de las cosas al caer* (2011) de Juan Gabriel Vázquez, protagonizada por un docente de leyes con un problema de disfunción eréctil que de manera obvia metaforiza a toda una comunidad impotente ante la violencia del narcotráfico. En el caso mexicano, los ejemplos son también sugerentes; el cáncer testicular del protagonista de *Juan Justino Judicial* (1996) novela de Gerardo Cornejo que retrata las complicidades entre los narcotraficantes y los altos mandos policiacos mexicanos; pienso también en Santos Rodríguez, personaje de la *Conspiración de la fortuna* (2005) de Héctor Aguilar Camín, novela sobre los contubernios y desencuentros entre el narcotráfico y la política; después de una exitosa trayectoria pública que casi lo lleva a la presidencia de la República, Santos

termina encadenado a una silla de ruedas con el rostro desfigurado y sin poder apenas hablar después de recibir las descargas de un grupo de sicarios. La lista de ejemplos podría alargarse considerablemente, pero basten por ahora para mostrar la presencia reiterada de un mismo motivo, sin duda central dentro de la así llamada narcoliteratura: el cuerpo enfermo, deforme y violentado.

Del otro lado del océano, los novelistas gallegos emplean el mismo procedimiento. Además del ya referido caso de Nemo Bandeira y su batalla en contra del Alzheimer, el propio Manuel Rivas en *Todo es silencio* pone en escena a un poderoso narcotraficante llamado Mariscal cuyas manos siempre aparecen cubiertas por sendos guantes blancos. Al parecer, Mariscal tiene las manos completamente quemadas, pero nadie sabe con certeza cómo o cuándo sufrió las heridas, por lo que circulan distintas versiones entre la comunidad. En cualquier caso, como sus propias extremidades siempre enfundadas, el personaje esconde todo tipo de secretos que van desde triángulos amorosos y paternidades no asumidas, hasta maquinaciones políticas, pasando desde luego por el tráfico de cigarrillos, alcohol, cocaína y migrantes. En el caso de *La marea roja* de José Manuel del Río, destaca el personaje de Andrés, un antiguo traficante de tabaco a quien la transición del rubio de batea a la cocaína delegó a un segundo plano dentro de la estructura criminal. Andrés sufre de un cáncer terminal que él mismo asume como una especie de castigo merecido por haber intentado desafiar al máximo capo de la coca en un golpe fallido que terminó con su sobrino Daniel (Dani Gasolina) en prisión. Para rematar, su hijo Hugo trabaja como “camello” en las discotecas y consume regularmente distintos tipos de droga. El cáncer de Andrés pareciera entonces encerrar simbólicamente todos males del narcotráfico de los que su propia familia participa o es víctima; Andrés representa al antiguo capo que contribuyó a la sustitución del “inofensivo” tabaco por la cocaína, su sobrino Daniel hace lo propio con los jóvenes seducidos por la riqueza fácil y abundante que les prometió el narcotráfico, mientras que su hijo Hugo encara el problema de la adicción juvenil; el cuadro familiar cierra con Ana, esposa de Andrés y madre de los muchachos, quien observa impotente el deterioro de la familia y de la comunidad en su conjunto.

En Colombia, México y Galicia, los novelistas somatizan en el cuerpo de los personajes los males de la sociedad. Los narradores del narco establecen una clara relación entre el cuerpo humano y el cuerpo social, recurriendo a imágenes sobre el deterioro, la enfermedad o la intervención violenta que destruye o deforma la corporalidad como una sugestiva alegoría sobre los males derivados del narcotráfico que deterioran, enferman o deforman el tejido social. Lo anterior no debe sorprendernos del todo, conocida es la conceptualización del cuerpo social como la suma de los individuos organizados en diferentes funciones que movilizan a la comunidad, como si de un ser vivo se tratase. En el caso de

Galicia, la imagen que entregan los novelistas a partir de personajes cancerígenos, con miembros amputados y/o calcinados, y con enfermedades degenerativas es tan elocuente que no necesita de mayor comentario. Tan sólo vale la pena destacar que el cáncer de Andrés y el Alzheimer de Nemo Bandeira no son visibles a simple vista. En el caso de Mariscal, conviene recordar que el capo cubre de manera permanente sus manos por lo que la magnitud real de sus lesiones es imposible de dimensionar. La imagen no puede ser más sugestiva para representar la mafia discreta y “decente” de Galicia: en la superficie el algodón cubre de blanco las manos, pero por debajo se adivinan cicatrices profundas y grotescas deformaciones. Lo mismo ocurre con el cáncer que por dentro consume a Andrés y con la progresiva pérdida de la memoria de Bandeira; por fuera el daño es imperceptible, pero por dentro los cuerpos ceden al deterioro de males degenerativos. ¿Ocurre lo mismo con la sociedad gallega?

Recapitulando, la literatura sobre el narcotráfico amplía su discurso con la aparición de novelas ambientadas en una geografía hasta hace poco insospechada. Desde luego, las conexiones entre los cárteles colombianos y mexicanos con contrabandistas gallegos no son nueva, pero sí carecía de un relato, de una narrativa que visibilizase la expansión global del crimen organizado. Periodistas y novelistas gallegos comienzan a mostrar las problemáticas específicas de la región que posibilitaron a los antiguos *señores do fume* la transición de un contrabando “inocuo” de tabaco al peligrosísimo tráfico de cocaína en contubernio con las mafias latinoamericanas. El corpus que da cuenta de este fenómeno no es abundante, pero comienza a ser considerable. Es necesario entonces leer críticamente estas ficciones con relación a la así llamada narcoliteratura colombiana y mexicana para establecer un diálogo intercultural.

En el caso específico de las narrativas gallegas sobre el narcotráfico, la hipótesis preliminar apunta a la presencia central de la memoria como el discurso mediador para la representación de las causas sociales, políticas y económicas que posibilitaron la emergencia de una compleja mafia local con peligrosas ramificaciones internacionales. La memoria, fue revisado en su momento, es un proceso de construcción social sujeto a reformulaciones y reelaboraciones constantes. En ese sentido el recuerdo y el olvido juegan un papel clave al seleccionar las visiones e interpretaciones que en un momento dado la comunidad decide erigir como relevantes en demerito de otras tantas experiencias posibles que la comunidad misma prefiere silenciar total o parcialmente. La “narcoliteratura gallega” juega de manera deliberada con las posibilidades que ambas operaciones ofrecen, el recuerdo y el olvido, para justificar la emergencia del narcotráfico en Galicia como el resultado de una falla estructural del Estado al tiempo que se evade o minimiza los terribles efectos sociales y culturales que trajo consigo el contrabando: la adicción de miles de

jóvenes y el empoderamiento de una mafia internacional cada vez más violenta. Por no hablar de otros efectos nocivos generados por el narcotráfico como los descritos con lucidez por el periodista Felipe Suárez:

El contrabando ha provocado el cierre de muchas empresas puesto que su objetivo no es ganar dinero sino lavarlos y en consecuencia tiran los precios provocando competencia desleal. Deteriora el tejido empresarial, no aporta trabajadores cualificados, incrementa la lista de parados e impide el desarrollo económico-industrial de la zona. Fomenta la delincuencia porque un joven que gana cincuenta mil pesetas en una descarga tiene tendencia a la buena vida, rehúsa los estudios, se degrada y termina convirtiéndose en un vulgar delincuente. Es desarraigo social es evidente igual que las rupturas matrimoniales (Suárez, 2017, p. 456).

Los complejos daños al tejido social tan bien descritos en la cita anterior, así como el proceso de admisión y justificación de culpas y responsabilidades, encuentran en la ficción una sugerente metáfora a través de la representación del cuerpo enfermo, deforme y/o violentado. Se trata de un motivo central de la así llamada narcoliteratura que abre el diálogo entre escritores gallegos y sus pares latinoamericanos. En efecto, el cuerpo es un motivo recurrente entre escritores situados a ambos lados del océano que funciona como una sugestiva metáfora sobre los males que aquejan el tejido social. A través de este significante es posible entonces establecer un diálogo intercultural sobre el narcotráfico como un fenómeno global con marcados acentos locales. La discusión apenas comienza y seguirá enriqueciéndose en el futuro.

### Bibliografía

- AGUILAR CAMÍN, Héctor. *La conspiración de la fortuna*. México, DF, Planeta, 2005.
- AMEIXEIRAS, Diego. *Todo Ok*. Vigo, Edicións Xerais, 2012.
- BOLÍVAR MORENO, Gustavo. *Sin tetas no hay paraíso*. México, DF, Grijalbo, 2005.
- CAL, Juan. *Operación Bucéfalo*. Lleida, Milenio, 2008.
- CARRETERO, Nacho. *Fariña*. Madrid, Libros del K.O., 2016.
- CONDE, Perfecto. *La conexión gallega. Del tabaco a la cocaína*. Madrid, Ediciones Akal, 2018.
- CORNEJO MURRIETA, Juan. *Juan Justino Judicial*. México, DF, Editorial Nautilus, 2015.
- DEL RÍO, José Manuel. *La marea roja*. Barcelona, Ediciones Carena, 2018.
- FRANCO, Jorge. *Rosario Tijeras*. Buenos Aires, Planeta, 1999.
- FUENTES KRAFFCZYK, Felipe Oliver. *Apuntes para una poética de la narcoliteratura*. México, Universidad de Guanajuato, 2013.

- LECHNER, Norbert. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile, LOM, 2002.
- MÉNDEZ SANGUOS, Víctor. *Narco Gallegos. Tras los pasos de Sito Miñanco*. Madrid, Libros de la Catarata, 2018.
- OSORIO, Óscar. *La virgen de los sicarios y la novela del sicario en Colombia*. Cali, Secretaria de Cultura Valle de Cuacua, 2013.
- PORTAS, Manuel. *Denso recendo a salgado*. Vigo, Edicións Xerais, 2010.
- REIGOSA, Carlos G. *Narcos*. Barcelona, Plaza y Janés, 2001.
- RIVAS, Manuel. *Todo es silencio*. Barcelona, Penguin Random House, 2015.
- RIVAS, Manuel. "Vivir sin permiso". En Manuel Rivas *Vivir sin permiso y otras historias del Oeste*. Barcelona, 2018. (pp 70-134).
- SUÁREZ, Felipe. *La operación Nécora. Colombia-Sicilia-Galicia, triángulo mortal*. Publicación Independiente, Romeo Ebooks, 2017.
- VALENCIA, Sayak. *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder*. México, Paidós, 2016.
- VÁSQUEZ, Juan Gabriel. *El ruido de las cosas al caer*. México, Alfaguara, 2011.

### **Felipe Oliver**

es Doctor en Literatura de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente trabaja como profesor e investigador en el Departamento de Letras Hispánicas de la Universidad de Guanajuato. Es vocero del Cuerpo Académico "Estudios de poética y crítica literaria hispanoamericana", y Coordinador Académico de la Maestría en Literatura Hispanoamericana. Cuenta con dos libros publicados y una veintena de artículos académicos en revistas especializadas".

**Contacto:** zamboliver@hotmail.com

**Recibido:** 06-11-2019

**Aceptado:** 31-05-2020